

Enfrentando nuestros sentimientos

Septiembre 2026



Robert Heerspink

Robert Heerspink fue pastor de varias iglesias, y director del ministerio Back to God (De regreso a Dios). Una de sus pasiones era la escritura, sobre todo, devocionales para el pueblo de Dios.

CADA DIA, Volumen 26, Número 09, Septiembre 2026. Toda Escritura es de la: Dios Habla Hoy.
Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Robert Heerspink

Adaptado por: Eduardo Isaí May Ramírez

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Editor: Rubí León

Digramación: David Marín

Portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



Enfrentando nuestros sentimientos

Robert Heerspink

Mucha gente cree que su vida emocional no tiene nada que ver con su fe o su desenvolvimiento religioso. No saben que se están engañando. Las enseñanzas del evangelio son un remedio eficaz, para curar las heridas del alma.



Nuestro lado emocional puede volverse inestable como las tempestades de verano; traumáticas, turbulentas y dolorosas, como lo que un huracán deja al pasar.



A pesar de todo, la gracia de Dios nos da la posibilidad de restaurar, equilibrar y de pacificar nuestros sentimientos más profundos. Es de esta gracia que todos nosotros necesitamos, para enfrentar las tempestades de la vida y mantenernos serenos y equilibrados.



SENTIR ES PARTE DEL PLAN DE DIOS

“Jesús lloró”.

Juan 11:35

Muchos de nosotros conocemos a Sheldon Cooper, ese personaje que parece vivir en un mundo donde las emociones simplemente no existen. No las oculta, no las reprime, es que genuinamente no las entiende, ni las necesita. Siendo honestos, a veces eso suena atractivo. En medio de días intensos, heridas, preocupaciones y cambios de ánimo, muchos hemos pensado: “qué bueno sería no sentir tanto”.

Sin embargo, Dios no nos creó para vivir desconectados del corazón. Las emociones no son un error, son parte del diseño divino. El dolor, aunque difícil, nos permite reconocer la alegría; la tristeza nos enseña a valorar la esperanza; y el amor nos impulsa a acercarnos a otros. Una vida sin emociones sería una vida incompleta, sin profundidad, sin verdadera conexión. No se trata de eliminar lo que sentimos, sino de aprender a vivirlo con Dios, quien da sentido incluso a lo que no entendemos.

La misma Escritura nos muestra que Dios no es indiferente. Jesús mismo sintió, lloró ante la tumba de Lázaro, se angustió en Getsemaní, se alegró cuando sus discípulos regresaban con buenas noticias. No apagaba lo que sentía, sino que lo vivía sin perder el rumbo. Y esa es la invitación para nosotros: no dejar de sentir, sino aprender a traer lo que sentimos delante de Dios, quien puede ordenarlo, sanarlo y darle un propósito que va más allá de lo que nosotros podemos ver.

Ora: Señor Jesús, gracias porque podemos ver tu semejanza en nosotros, en nuestras emociones. Ayúdanos a aprender a ser sinceros con nuestros sentimientos. En tu nombre oramos, Amén.

GUIADOS POR LOS SENTIMIENTOS

"[...]Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató".

Génesis 4:8

Todos conocemos a alguien que cuando tiene hambre se convierte en otra persona. Puede parecer gracioso, pero a veces actuamos de maneras que después no reconocemos. Decimos cosas que no querríamos decir, reaccionamos de formas que nos avergüenzan, y cuando todo termina, nos preguntamos: "¿qué me pasó?". No siempre es el hambre lo que nos transforma. A veces son los celos, el enojo, la frustración, o el dolor acumulado. Y cuando las emociones toman el control, causan un daño irreparable.

La historia de Caín nos muestra qué ocurre cuando las emociones toman el control sin ningún freno. El enojo no nació de golpe; fue creciendo poco a poco, alimentado por la envidia y la frustración. Dios mismo le advirtió: el pecado estaba a la puerta. Caín no entregó su corazón a Dios en ese momento, y lo que pudo resolverse terminó en tragedia. Las emociones sin dirección no se quedan quietas; siempre van a algún lado, y cuando no las llevamos a Dios, pueden llevarnos a lugares de los que después es difícil volver.

El llamado no es a fingir que no sentimos, sino a reconocer lo que hay en el corazón y ponerlo bajo el señorío de Cristo. Cuando su verdad gobierna lo que sentimos, la reacción impulsiva pierde terreno. En sus manos, incluso las emociones más difíciles pueden convertirse en ocasión de gracia, en lugar de fuente de destrucción.

Ora: Padre, cuando nos dejamos llevar por las emociones, el arrepentimiento llega a nosotros. Ayúdanos a rendirnos a Ti, y sé quien gobierne en nosotros. En el nombre de Cristo. Amén.

ESCONDIENDO SENTIMIENTOS

“Me acordaré de las obras de JAH; Sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas”.

Salmo 77:11

“¿Cómo estás?” “Bien”. Es la respuesta que damos casi sin pensar. Aunque por dentro el corazón esté agotado, la respuesta siempre es la misma. Vivimos en una cultura que premia la fortaleza exterior, sentir tristeza, enojo o dolor se percibe como debilidad, por eso muchos aprenden a reprimir lo que hay en su corazón. Pero en lugar de desaparecer; solo se acumula. Y tarde o temprano, esas emociones salen a la superficie en diferentes formas.

La Biblia nos muestra un camino más sano. El salmista nos da un ejemplo diferente al del “todo bien”. En el Salmo 77 no oculta su angustia ni pretende que todo está bien. Hace preguntas que incomodan: “¿Ha olvidado Dios tener misericordia?”. Él abre su corazón, reconoce su lucha, pero no se queda allí. Decide recordar las obras de Dios, traer a su mente Su fidelidad y aferrarse a lo que sabe que es verdad, aun cuando sus emociones le digan otra cosa.

Ese es el equilibrio al que somos llamados: no negar lo que sentimos, pero tampoco quedarnos atrapados en ello. Podemos venir a Dios con un corazón abierto, sabiendo que Él nos escucha, y al mismo tiempo, recordar su gracia. La mayor evidencia de su amor es Cristo, quien se entregó por nosotros. Cuando nuestras emociones nos confunden, mirar a la cruz nos vuelve a centrar. Allí encontramos la gracia para ordenar nuestro corazón y seguir adelante con fe.

***Ora:** Padre, perdónanos por esconder nuestros dolores de Ti y después preguntarnos por qué nos sentimos tan distantes. Te pedimos que nos ayudes a ser sinceros contigo. En el nombre de Jesús, Amén.*

CORAZONES HUECOS

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata...”

1 Pedro 1:18

Hay casas que desde afuera llaman la atención. Una fachada bien pintada, una entrada ordenada, todo en su lugar. Pero cuando uno entra, descubre que están vacías por dentro. Sin muebles, sin gente, sin vida. Algo parecido puede ocurrir en el corazón humano. Por fuera, todo parece estar en orden: una agenda ocupada, relaciones, logros. Pero por dentro hay un vacío que no se llena fácilmente.

Muchas personas intentan llenar ese vacío con cosas pasajeras. Algunos insisten en que la solución está en consumir más, en tener nuevas experiencias o adquirir algo diferente. Pero ni los logros, ni el dinero, ni los placeres momentáneos pueden satisfacer lo más profundo del alma. Lo material puede distraer por un tiempo, pero no transforma el interior. El alma no se llena con lo que se consume; se llena con lo que la trasciende.

La buena noticia es que ese anhelo profundo no es una falla, es una señal. Fuimos creados para Dios, y solo su presencia puede transformar en plenitud lo que sentimos incompleto. Por medio de Cristo, y gracias a su sacrificio, tenemos acceso a una vida que no depende de lo que acumulamos, sino de quien habita en nosotros. Cuando el Espíritu Santo habita en nosotros, el vacío comienza a ser transformado en paz, propósito y comunión. Allí donde antes había carencia, Dios mismo se convierte en nuestra plenitud.

Ora: *Rey de la paz, no hay descanso sino es en ti. Llénanos de Ti y por tu misericordia, danos de tu Espíritu, pues sólo Tú puedes satisfacernos. En tu precioso nombre, Amén.*

PARADOJA DE LA ALEGRÍA

“Puestos los ojos en Jesús,[...] el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz...”

Hebreos 12:2

“Dios tiene un plan maravilloso para tu vida” es una frase que hemos escuchado, pero en ocasiones se malentende: muchos pensamos que significa una vida llena de felicidad, sin dolor, sin dificultades, sin sufrimiento. Cuando las cosas se complican, nos preguntamos: “¿dónde está ese plan maravilloso?”.

La Escritura corrige ese malentendido al mostrarnos a Jesús, quien “por el gozo puesto delante de él” soportó la cruz. En Él vemos que el dolor no siempre es el final de la historia, sino, muchas veces, el camino hacia algo mayor. El secreto no está en la ausencia de dificultades, sino en hacia dónde está puesta la mirada. Jesús mismo soportó la cruz sin evitarla, porque tenía algo más grande delante: el gozo de lo que vendría después. El sufrimiento no fue un obstáculo en su camino, fue parte de él. Y ese mismo principio transforma la manera en que entendemos el “plan maravilloso”. No es una promesa de comodidad, sino de propósito.

Esa es la invitación para nosotros: vivir con los ojos fijos en Cristo, no en las circunstancias. Cuando servimos, cuando perdonamos, cuando persistimos en medio de la dificultad, estamos caminando en ese propósito. Tal vez nadie lo note, tal vez cueste más de lo esperado. Pero hay un gozo que nace precisamente ahí, en la obediencia fiel; es el gozo que sostuvo a Jesús y que Él quiere darnos a nosotros.

Ora: Señor Jesús, el miedo de sufrir o ser rechazados puede impedirnos servir. Perdona nuestros miedos, y ayúdanos a ver la alegría de servir. Amén.

UN CORAZÓN ARREPENTIDO

“Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado”.
Salmo 51:2

“Borrón y cuenta nueva” es un dicho popular que suena liberador: olvidar lo que pasó y seguir adelante como si nada. Y aunque hay algo sabio en no quedarse atrapado en el pasado, hay veces en que intentamos aplicarlo sin haber resuelto realmente lo que cargamos. Porque la culpa genuina no desaparece solo con el tiempo. Hay heridas que hemos causado y una sensación interna que no se borra fácilmente. La culpa bien entendida puede ser el camino a la verdadera liberación.

David no dijo “borrón y cuenta nueva”. Cuando el peso de su pecado se hizo insoportable, no intentó borrarlo fingiendo que no había pasado nada. Fue delante de Dios con todo: con su culpa, con su vergüenza, con su quebrantamiento. El Salmo 51 nace de ese momento. “Lávame más y más de mi maldad” no es la oración de alguien que minimiza lo que hizo, sino de alguien que reconoce que solo Dios puede hacer lo que ningún “borrón y cuenta nueva” puede lograr.

Y esa sigue siendo la única manera en que el corazón puede quedar realmente limpio. Cristo cargó en la cruz lo que nosotros no podemos borrar. No hay culpa tan antigua ni tan profunda que quede fuera del alcance de esa gracia. Pero para recibirla, hay que hacer lo que David hizo: venir sin excusas, sin justificaciones. En ese lugar, donde la honestidad se encuentra con la misericordia, comienza la libertad verdadera.

Ora: Amado Dios, ya no queremos esconder la verdad de Ti. Sabemos que ves todas nuestras culpas. Por medio de Cristo, perdona nuestros pecados y libéranos. Amén.

LA DINÁMICA DEL AMOR

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Romanos 5:8

“Hoy por ti, mañana por mí”. Es una frase que usamos para expresar que las relaciones funcionan en dos sentidos: yo te ayudo, tú me ayudas. Damos a quienes nos dan, respondemos a quienes nos buscan, amamos a quienes nos aman. Es una dinámica casi automática: si alguien nos trata bien, respondemos igual; pero si alguien nos hiere o nos rechaza, el corazón fácilmente se cierra o incluso responde con la misma moneda.

Sin embargo, el evangelio nos presenta un camino distinto. El amor de Dios no nace como respuesta a nuestra bondad, sino que fluye desde su propia naturaleza, porque Él es amor. Y ese amor tuvo un costo muy alto: Cristo entregó su vida por nosotros cuando aún éramos pecadores. No esperó a que fuéramos dignos, no exigió que primero cambiáramos. Su amor tomó la iniciativa, se acercó, perdonó y abrió una puerta donde antes solo había distancia y enemistad.

Ese mismo amor es el que Dios quiere producir en nosotros. No nace del esfuerzo propio; nace cuando entendemos profundamente cómo hemos sido amados. Cuando la gracia recibida se convierte en gracia entregada, las relaciones dejan de funcionar con el “hoy por ti, mañana por mí” y empiezan a funcionar con algo mucho más parecido al evangelio: un amor que toma la iniciativa, que perdona sin que le pidan, que sirve sin esperar recibir, porque nace del mismo corazón de Dios.

Ora: *Padre, nuestras relaciones son tan comunes y previsibles, solo sabemos dar a quien nos da. Ayúdanos a demostrar tu amor y llénanos con el don del sacrificio de Cristo. En su nombre, Amén.*

ESOS SENTIMIENTOS DE AMOR

“Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve”.

1 Corintios 13:3

Piensa en un pasaje bíblico típico para una boda y 1 Corintios 13 es uno de los favoritos. Nos sirve para hablar de un amor radical, intenso y perfecto y una pareja enamorada no vacila en decir “Sí” a votos basados en ese ideal. Se espera que ambos puedan sostenerse en esas promesas cuando todo parece tambalearse a su alrededor.

Sin embargo, con el paso de los días, muchos descubren que se casaron no con un ideal perfecto, sino con una persona real, con virtudes y también con debilidades. Y entonces surge la gran pregunta: ¿puede el amor sobrevivir a la imperfección? La respuesta de Pablo en 1 Corintios 13 es que sí puede, pero no cuando está basado únicamente en lo que se siente. El amor que perdura es el que se expresa en decisiones concretas: la paciencia cuando cuesta ser paciente, la bondad cuando no hay ganas, el perdón cuando duele perdonar.

Cuando el amor está fundamentado en Cristo se vive de esta manera. Ya no depende solo de lo que se siente, sino de lo que se decide hacer cada día. Y es allí donde ocurre algo hermoso: los actos de servicio, la gracia diaria y el compromiso fiel comienzan a restaurar incluso aquello que parecía haberse apagado. El verdadero amor no desaparece ante las pruebas; se fortalece en ellas cuando está sostenido por Dios y se expresa en obras que reflejan su corazón.

Ora: Amado Señor, en este mundo guiado por sentimientos, permíteme que seamos guiados por ti. Que nuestro compromiso de amar y servir mejore nuestras relaciones. En nombre de Jesús. Amén.

¿ME ESCUCHAS?

“Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué te has olvidado de mí? ¿Por qué andaré yo enlutado por la opresión del enemigo?”.

Salmo 42:9

Qué triste es a veces enviar un mensaje, ver que fue leído, y no recibir respuesta. “En visto”, le decimos. Y aunque parezca algo pequeño, esa sensación de haber sido ignorado puede doler más de lo que esperábamos. ¿Alguna vez le ha pasado algo parecido al orar a Dios? Hay momentos en los que el corazón siente que Dios nos ha dejado de lado, como si nuestras oraciones llegaran, pero no hubiera respuesta.

El salmista conocía bien esa experiencia. Recordaba tiempos en los que la presencia de Dios era cercana y evidente, pero al comparar esos días con su presente, la nostalgia solo hacía más fuerte su tristeza. Sin embargo, en medio de ese dolor, no se quedó en silencio ni se alejó. Hizo algo esencial: llevó su angustia a Dios en oración. Aun con dudas, aun con preguntas, se dirigió a Él y abrió su corazón: “¿Por qué te has olvidado de mí?”. No lo hace por falta de fe sino porque se niega a rendirse.

Tal vez hoy te sientes en un desierto, con el alma cansada y sedienta, preguntándote dónde está Dios. Este pasaje nos recuerda que, incluso cuando no lo sentimos, Él sigue presente y atento. Podemos clamar, podemos hablarle con sinceridad, porque Él escucha. Nuestra percepción puede fallar, pero su fidelidad no. Aun en el silencio, Dios no olvida a sus hijos; permanece cerca, sosteniendo, esperando que volvamos a Él con un corazón abierto.

Ora: *Padre, en ocasiones es difícil acercarnos a ti en oración. Recuérdanos que nos escuchas, aún si clamamos sin fuerzas. Que tu Palabra refresque nuestro espíritu, como agua de vida. En Jesús, Amén.*

CUANDO EL ALMA SE AGOTA

“Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado”.

1 Reyes 19:12

El héroe de ayer se convierte en el villano de hoy. Muchos grandes deportistas lo han vivido: cuando tenían todo a favor y, al final, caer derrotados. El profeta Elías conocía bien esa experiencia. En el monte Carmelo, Dios obró de manera poderosa, y Elías fue el instrumento. Pero poco tiempo después, ese mismo hombre valiente se encontraba escondido, agotado y lleno de temor. Pasó de la euforia a la desilusión de golpe, pensando que todo había terminado.

En medio de esa crisis, Elías cayó en una trampa muy humana: creer que estaba solo, que nadie más permanecía fiel, que todo dependía de él. Ese pensamiento lo paralizó. Y nos puede pasar a nosotros también: después de un esfuerzo grande, cuando los resultados no son los esperados, el corazón se cansa nos preguntamos. “¿Para qué?” “¿A alguien le importa?” “¿Vale la pena seguir?”. Como Elías, podemos sentirnos solos aun cuando no lo estamos.

La respuesta de Dios a Elías no fue un sermón ni una reprensión. Fue pan recién horneado, agua fresca, y un susurro. Dios no siempre responde con lo espectacular; a veces responde con lo que el alma necesita en ese momento: descanso, presencia, y la certeza de que no estamos solos. Y luego le recuerda que hay siete mil que no han doblado la rodilla, que la historia es más grande de lo que él puede ver desde su cueva. Eso mismo nos dice hoy a nosotros.

Ora: Señor y Dios, cuando nos sintamos fracasados, recuérdanos que formamos parte de una gran comunidad de fe, que ya está trabajando para Ti en todos los lugares del mundo. En Jesús,
Amén.

UNA NUEVA PERSPECTIVA

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, [...] que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”.

1 Corintios 10:13

Se cuenta una historia de unas personas que decidieron presentar sus quejas delante de Dios, convencidas de que sus cargas eran las más difíciles. Entonces, Dios les pidió que pusieran todos sus problemas sobre una mesa y eligieran el de alguien más. Al principio, pareció una buena idea. Pero después de experimentar el peso ajeno, cada uno regresó y tomó nuevamente su propia carga, reconociendo que, aunque difícil, era la que mejor podían llevar. Y así, volvieron a casa con una nueva perspectiva.

¿Le ha pasado algo parecido? Muchas veces pensamos que la vida de otros es más fácil que la nuestra. La autocompasión puede ir creciendo en silencio hasta afectar profundamente el corazón. Es un terreno propicio para que crezcan la amargura y el cinismo. Cuando nos enfocamos solo en nuestro dolor, perdemos de vista que no somos los únicos que luchamos, ni los únicos que cargamos con dificultades.

Este pasaje nos enseña dos cosas muy importantes. Primero, que nuestras luchas no son únicas; otros también han pasado por situaciones similares. Y segundo, que Dios es fiel. Él no permitirá que enfrentemos algo más allá de lo que podemos resistir, y siempre proveerá una salida. No caminamos solos ni estamos desamparados. Aun en medio de nuestras cargas, podemos confiar en que Dios nos sostiene y nos dará la gracia necesaria para seguir adelante.

Ora: Amado Dios, perdónanos por hacer de menos las cargas de otros. Aléjanos de la autocompasión, sustenta nuestra confianza en Ti y permite que creamos en tu poder. En nombre de Jesús.
Amén.

LA VIDA EN SOLEDAD

“[...] y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”.

Mateo 28:20

La soledad se ilustra con un paisaje inhóspito y desierto. Pero la realidad puede ser lo opuesto, porque no depende de cuántas personas nos rodean, sino de las barreras que nos separan de ellas. Eso puede ocurrir en un lugar nuevo, en un trabajo distinto o incluso en medio de una multitud. Es un vacío que incomoda el alma, un anhelo de conexión que no siempre sabemos cómo expresar, pero que pesa en el corazón.

El evangelio nos ofrece una respuesta a esa soledad desde dos direcciones. La primera es la presencia de Cristo. Al final de Mateo, Jesús no da una técnica ni una promesa vaga; da su propia compañía: “estaré con vosotros todos los días”. No algunos días, no cuando lo sentimos, sino todos los días. Esa presencia no depende de nuestro estado emocional, sino de su palabra. Y su palabra no falla.

La segunda dirección es la comunidad. Dios no diseñó la fe para vivir en solitario. Aun cuando la iglesia decepciona, aun cuando no encontramos compañía para el ministerio que queremos ejercer, el propósito de Dios para la comunidad sigue en pie. Vale la pena buscarla, construirla y sostenerla, porque es ahí donde la presencia de Cristo se hace tangible a través de otros. La soledad más profunda no se vence solo con sentir a Dios cerca, sino también con dejar que otros caminen con nosotros.

Ora: *Padre celestial, ayúdanos a reconocer tu presencia en nuestras vidas y permítenos adorarte en una comunidad de fe. Permite que tu Espíritu llene nuestros corazones. En Jesús, Amén.*

VERDE DE ENVIDIA

“Y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles, Y David a sus diez miles”.

1 Samuel 18:7

“El pasto del vecino siempre es más verde”. Miramos la vida del otro y parece más fácil, más abundante, más llena de oportunidades. Y en esa comparación, poco a poco, el corazón comienza a llenarse de inseguridad, sospecha y resentimiento. En la vida del rey Saúl vemos con claridad este peligro. Cuando escuchaba que celebraban más a David que a él, en lugar de alegrarse por la obra de Dios en otro, comenzó a compararse, y esa comparación abrió la puerta a la destrucción interior.

Saúl olvidó algo esencial: ni él ni David lograban victorias por sí mismos. Era Dios quien les daba la capacidad, las oportunidades y el propósito. Cada uno tenía un llamado distinto, pero igualmente valioso. Cuando perdemos de vista esto, comenzamos a medir nuestra vida con la de otros, y eso nos roba la paz. La envidia nos hace olvidar que Dios es bueno con todos, y que su plan para cada uno es único y suficiente.

La envidia se vence con gratitud, pero no con una gratitud forzada o superficial. Se vence cuando realmente creemos que Dios es bueno con todos, que su plan para nuestra vida es suficiente, y que lo que tiene para nosotros no depende de lo que le dé a otros. Cuando esa convicción arraiga en el corazón, la comparación pierde fuerza. Y podemos empezar a celebrar genuinamente lo que Dios hace en quienes nos rodean, sin que eso nos cueste la paz.

Ora: Padre Nuestro, quita la envidia de nuestros corazones y ayúdanos a ir en pos de tu llamado, sin importarnos el éxito de otros. En nombre de Jesús. Amén.

DIOS NUNCA NOS ABANDONARÁ

“Aunque mi padre y mi madre me dejen, Con todo, Jehová me recogerá”.

Salmo 27:10

Hoy existe un fenómeno que muchos conocen y han sufrido: el “ghosting”. De repente, alguien con quien tenías una relación cercana deja de responder. Sin explicación, sin despedida. Simplemente desaparece. Y esa forma de rechazo puede dejar marcas profundas. En una sociedad donde las relaciones se rompen con facilidad, muchos cargan con la sensación de haber sido rechazados. Puede venir de una amistad que terminó, de una relación que no funcionó o de una etapa que se cerró de forma dolorosa. Y ese rechazo, cuando no se sana, puede quedarse marcado en lo profundo del corazón.

El salmista David conocía ese dolor. En el Salmo 27 llega al punto más vulnerable: imagina que incluso su padre y su madre lo abandonarían. Y aun en ese escenario extremo, encuentra una certeza que no depende de nadie más: “Jehová me recogerá”. Qué gran consuelo. Nuestra identidad no puede estar construida sobre la aceptación de otros, porque las personas fallan. Necesita estar construida sobre Aquel que no se mueve cuando las relaciones se rompen.

En Jesucristo encontramos esa aceptación plena. Él se acerca al corazón herido, restaura la dignidad y nos integra en la familia de Dios. Donde hubo rechazo, Él ofrece pertenencia; donde hubo dolor, Él trae sanidad. Aunque otros no hayan sabido ver nuestro valor, Dios sí lo ve con claridad.

Ora: *Padre nuestro, gracias porque nos permites encontrar aceptación en los brazos de Jesús. Cura las heridas provocadas por el rechazo y acéptanos en tu gran amor. En Cristo, Amén.*

SIN MIEDO

“Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”.

Mateo 14:27

Los niños pequeños no conocen el miedo de la misma manera que los adultos. Se trepan a los árboles sin pensar en el peligro, se lanzan al agua sin medir la profundidad, corren sin mirar hacia atrás. Con los años, el miedo va llegando. Y hay temores que protegen, que cuidan. Pero no todo miedo es sano. Hay temores que no protegen, sino que paralizan. Son esos miedos silenciosos que nos limitan, que nos impiden avanzar, obedecer a Dios o vivir con libertad.

La historia de Pedro caminando sobre el agua lo ilustra bien. Mientras mantuvo su mirada en Jesús, pudo avanzar en medio de lo imposible. En el momento en que sus ojos se movieron hacia las olas, comenzó a hundirse. Y todo, por dejar de ver a Jesús. En ese momento crítico, clamó: “¡Señor, sálvame!”. Y Jesús, sin demora, extendió su mano y lo sostuvo. No lo dejó caer. Antes ya les había dicho: “No tengan miedo”.

Muchos se sienten como si estuvieran hundiéndose en las aguas de la vida, rodeados de incertidumbre y temor. Pero la buena noticia es que Cristo no se mantiene distante. Él sigue extendiendo su mano firme para sostenernos. No siempre calmará la tormenta de inmediato, pero siempre estará presente en medio de ella. Cuando volvemos a fijar nuestra mirada en Él, el miedo pierde su dominio, y encontramos el valor para seguir adelante, sostenidos por su gracia.

Ora: *Jesús, queremos vivir una vida sin temor, fortalece nuestra confianza en Ti y permítenos tomar tu mano, donde siempre estaremos protegidos y seguros. Amén.*



Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



Ministerio
Reforma

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.

Lidia Macías, California, Estados Unidos

Estas reflexiones son muy buenos y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.

Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y han sido de mucha ayuda para my familia y congregación

Adrian Padrón, Cuba,

¡Que linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.

Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

**Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:**

cadadia@ministerioreforma.com

**o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:**

Ministerio Reforma



ANTES DE QUE SE PONGA EL SOL

“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo...”
Efesios 4:26

Hay una versión de nosotros que aparece en el tráfico y que no reconocemos. Alguien nos cierra el paso, el semáforo cambia demasiado lento, y de repente reaccionamos de maneras que nos sorprenden. Decimos cosas que normalmente no diríamos, sentimos una irritación que parece desproporcionada al tamaño del problema. ¿Tiene usted problemas para controlar su enojo? ¿Tiende a disfrazarla como solo frustración o cansancio?

Pablo no nos dice que la ira no existe; nos dice que no debe quedarse. “No se ponga el sol sobre vuestro enojo” es una instrucción con tiempo límite. La ira no resuelta no desaparece sola, se convierte en resentimiento, y el resentimiento en distancia, y la distancia en relaciones rotas que pudieron haberse salvado con una conversación a tiempo. El problema no siempre es que nos enojamos, sino que dejamos que ese enojo haga raíces.

El desafío es concreto: tratar la ira con prontitud y sabiduría. No se trata de negarla, sino de reconocerla y llevarla a Dios, permitiendo que Él transforme nuestra reacción. En las relaciones, especialmente en el matrimonio, aprender a resolver los conflictos antes de que el día termine puede marcar una gran diferencia. Hablar con humildad, perdonar a tiempo y buscar la paz no solo evita heridas mayores, sino que fortalece el amor. Dios puede utilizar nuestra ira incluso para hacernos crecer.

Ora: Señor Jesús, Nuestra ira no es saludable. Las palabras y malas actitudes pueden causar un profundo dolor. Perdónanos y danos el valor de pedir perdón a quien hemos herido. Amén.

SUFRIMIENTO Y GRACIA

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza”.

1 Tesalonicenses 4:13

Hay pocas situaciones más incómodas que estar frente a alguien que acaba de perder a un ser querido y no saber qué decir. El silencio incómoda, así que llenamos ese espacio con frases: “ya no llores”, “deberías estar mejor”, “otros están peor”. Estas palabras suelen surgir de la idea equivocada de que un creyente no debería sufrir. Pero el sufrimiento no es una señal de debilidad espiritual; es una respuesta natural del corazón cuando ama y pierde.

El apóstol Pablo no le dice a los tesalonicenses que dejen de llorar. Les dice que no lloren como quienes no tienen esperanza. Hay una diferencia enorme entre esas dos cosas. El dolor es legítimo, el duelo es necesario, la tristeza ante la pérdida es una respuesta natural de quien amó. Lo que cambia para el creyente no es la intensidad del dolor, sino el horizonte desde el que lo vive. Cristo resucitó, y esa verdad da a las lágrimas un contexto diferente.

Podemos llorar y tener esperanza al mismo tiempo. No son contradictorios. De hecho, es precisamente en el dolor donde la esperanza de la resurrección se vuelve más real, más necesaria, más poderosa. Cuando acompañamos a alguien que sufre, no necesitamos tener las palabras correctas. A veces basta con quedarse, con no huir del dolor ajeno, con recordar juntos que la muerte no tiene la última palabra.

Ora: Dios amado, consuela a todos los que sufren. Ante la muerte, danos esperanza en Aquel que salió vencedor de la tumba, aquella mañana gloriosa. En su nombre oramos. Amén.

¿ESTÁS PREOCUPADO?

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”.

Mateo 6:33

Escuchar las noticias se ha convertido en un ejercicio que conduce a la ansiedad. Crisis económicas, conflictos bélicos, incertidumbre política, desastres naturales. La preocupación, poco a poco, va estrechando nuestra mirada hasta que todo gira alrededor de nosotros: nuestra seguridad, nuestra salud, nuestro futuro. Quedamos confundidos y llenos de temor. Terminamos pensando mucho, pero haciendo poco, atrapados en un ciclo que desgasta el alma.

Jesús no ignora las preocupaciones reales. No dice que el futuro es sencillo ni que las dificultades no existen. Lo que hace es redirigir la mirada: observa las aves, mira los lirios. No como ejercicio de distracción, sino como recordatorio de que hay un Padre que sostiene lo que nosotros no podemos controlar. La preocupación nace cuando asumimos que todo depende de nosotros. La paz nace cuando recordamos que hay uno que ya lo tiene en sus manos.

“Buscad primeramente el reino de Dios”. Jesús lo dijo, no como técnica para conseguir lo que queremos, sino como reorientación de toda la vida. Cuando el reino es la prioridad, la ansiedad pierde su punto de apoyo. No porque los problemas desaparezcan, sino porque ya no son lo más grande que hay en el horizonte. Usted sabe que su vida gira en torno a algo que trasciende este mundo y sus problemas. Y ahí sí: lo primero es lo primero.

Ora: *Padre celestial sabemos que te preocupas por nosotros, ayúdanos a buscar primero tu reino y no nuestro bienestar. Toma nuestra ansiedad y transfórmala en confianza. En Jesús, Amén.*

APRENDIENDO A SANAR

“Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen...”

Lucas 6:27

Hay canciones que repetimos sin poder evitarlo. Algo parecido ocurre con ciertas heridas: volvemos a ellas continuamente, como una pista que nunca termina. ¡Qué triste es volvernos prisioneros de los recuerdos, con música y todo! Soltar ese pasado no siempre es fácil, porque a veces la amargura se convierte en una forma de aferrarse a la justicia o incluso de “venganza”. Y no imaginemos que vamos a salir ilesos o que no haremos daño a otros.

La amargura nunca construye, solo desgasta. Echa raíces profundas y de ella brotan actitudes que dañan tanto a quien la lleva como a quienes están alrededor. Aunque parezca que nos da fuerza o motivo para seguir, en realidad nos mantiene atados al dolor. Vivir así es permanecer conectados a la herida, sin permitir que sane. Y tarde o temprano, ese estado termina afectando toda nuestra vida.

Jesús nos propone un camino diferente, uno que desafía nuestra lógica: orar por quienes nos han herido y bendecirlos. No es algo fácil ni natural, pero es profundamente transformador. Cuando comenzamos a ver al otro desde la gracia, el corazón empieza a ser liberado. No significa justificar el daño, sino soltar el control y permitir que Dios sane lo que nosotros no podemos. En ese proceso, la amargura pierde su fuerza, y en su lugar nace una libertad que solo el amor de Dios puede producir.

Ora: *Padre celestial, Jesús oró por aquellos que lo ejecutaban y venció la amargura que atentaba su alma. Ayúdanos a seguir su ejemplo en nuestras vidas. En su nombre oramos. Amén.*

EL CAMINO DE VUELTA A CASA

“Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido”.

Lucas 15:6

Hoy dependemos tanto del GPS que muchos ya no sabemos llegar a ningún lugar por nuestra cuenta. Simplemente seguimos las instrucciones, giramos donde nos dicen, y solo nos detenemos cuando el GPS falla. No sabemos qué hacer. De una manera más profunda, muchos avanzan durante años sin tener claridad sobre hacia dónde van, tomando decisiones sin un rumbo definido. Y aunque en el fondo sienten que están perdidos, cuesta admitirlo. Preferimos seguir adelante como si todo estuviera bajo control, aun cuando el corazón sabe que no es así.

Sin embargo, la buena noticia del evangelio es que no estamos solos en ese extravío. El Buen Pastor no espera a que encontremos el camino por nosotros mismos; Él toma la iniciativa. No es la oveja la que regresa, es el pastor que sale en su busca. Eso es lo que hace Jesús con quienes están perdidos: no espera que lleguen por sus propios medios, va a buscarlos. Y cuando los encuentra, no los reprende, los carga.

El primer paso no es encontrar el camino, es reconocer que estamos perdidos. Eso es más difícil de lo que parece, porque requiere honestidad. Pero es el único punto de partida real. Cuando admitimos que necesitamos dirección, dejamos de depender del GPS que falla y comenzamos a seguir al único que conoce el camino de verdad. Y Él no nos lleva a donde nosotros queremos ir, sino a donde realmente necesitamos estar.

Ora: *Padre, gracias por la persistencia del Buen Pastor. Danos la alegría de saber que el buen pastor nos carga sobre sus hombros y nos lleva de vuelta a su rebaño. En su nombre, Amén.*

NUNCA ESTUVE SOLO

“Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león”.

2 Timoteo 4:17

Todos hemos puesto un contacto de emergencia alguna vez. Alguien de confianza, alguien que “siempre está”. Pero cuando llega la emergencia real y marcas ese número, a veces no contesta. Y en ese silencio, algo se rompe por dentro. No es solo la situación lo que duele, sino la sensación de que, en el momento más importante, estabas solo.

El apóstol Pablo también vivió esa experiencia. Demas, quien había sido su compañero en el ministerio, lo abandonó en un momento crucial. Por si el abandono fuera poco, los motivos de Demas no alivian el pesar: su corazón estaba lejos de Dios. Y no solo él: Pablo reconoce que, en su hora de necesidad, muchos se apartaron. Imagina ese sentimiento de soledad y traición. Sin embargo, en medio de ese abandono humano, Pablo descubrió una verdad que lo sostuvo: no estaba realmente solo.

“Pero el Señor estuvo a mi lado”. Donde los contactos de emergencia fallaron, Cristo fue fiel. No cambió de número, no dejó de contestar, no se fue cuando más se le necesitaba. Otros pueden decepcionarnos, pero Jesús no. Él no se aleja, no cambia, no abandona. Cuando todo parece incierto, su presencia sigue firme, dándonos fuerzas para continuar. En Él encontramos un amigo constante, alguien en quien podemos confiar plenamente, aun cuando todo lo demás falle.

Ora: Señor Jesús, ayúdanos a comprender y perdonar las fallas de otros. Danos la seguridad de que estarás con nosotros en los momentos más importantes. Amén.

DESHECHOS POR EL PASADO

“Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente”.

Mateo 26:75

En los mensajes de texto existe la opción de “eliminar para todos”. Lo presionas y el mensaje desaparece, como si nunca hubiera existido. Pero en la vida real, ese botón no existe. Las palabras dichas, las decisiones tomadas, el tiempo que no dimos, no tienen la opción de ser eliminados. Todos, en algún momento, miramos hacia atrás y sentimos el peso del arrepentimiento.

La Biblia nos muestra que no estamos solos en esa experiencia. Pedro y Judas vivieron algo parecido: los dos fallaron, los dos sintieron la gravedad de lo que hicieron. La diferencia no estuvo en haberle fallado al Señor, sino en lo que hicieron con el arrepentimiento. Judas lo cargó solo hasta que ya no pudo más. Pedro lo llevó a Jesús, y Jesús lo encontró en la orilla del mar con pan y fuego, sin reproches, y dispuesto a restaurarlo totalmente.

Ahí está la diferencia: no es solo sentir arrepentimiento, sino saber qué hacer con él. Podemos quedarnos atrapados en la culpa o podemos llevarla a Cristo. Y hay algo de lo que podemos estar siempre seguros: él nos recibe con los brazos abiertos cuando venimos quebrantados y dispuestos a disfrutar de su gracia. Él no solo perdona, también restaura y da un nuevo comienzo. No importa cuán grave sea el pasado, en Jesús siempre hay una oportunidad para levantarse, sanar y seguir adelante con esperanza.

Ora: Señor Jesús, ayúdanos a soltar el peso del pecado y del pasado, de manera que aceptemos el perdón que nos ofreces. Querrémos servirte con fidelidad todos los días de nuestra vida. Amén.

CARGA COMPARTIDA

*“Entonces el suegro de Moisés le dijo: No está bien lo que haces”.
Éxodo 18:17*

En la película Sí, señor, Jim Carrey interpreta a un hombre que decide decirle que sí a absolutamente todo. Al principio parece liberador: nuevas experiencias, nuevas oportunidades, una vida más plena. Pero pronto su vida se convierte en un caos. Porque no todo merece un sí. Hay compromisos que agotan, responsabilidades que no nos corresponden, y cargas que terminamos cargando solo porque no supimos decir “no” a tiempo. Dios no nos diseñó para vivir así.

Algo parecido le ocurrió a Moisés. Él asumió la responsabilidad de todo el pueblo, tratando de resolver cada problema por sí mismo. Hasta que su suegro Jetro le llamó la atención: “No está bien lo que haces”. Es un principio muy práctico: aprende a compartir la carga. Aun alguien llamado por Dios necesita límites, apoyo y estructura. No todo depende de una sola persona, porque Dios también obra a través de otros.

Esa es una lección clave para nosotros hoy. No todo lo que podemos hacer es necesariamente lo que debemos hacer. Necesitamos discernir qué nos ha confiado Dios y qué corresponde a otros. Aprender a decir “no” también es una forma de obediencia. Cuando ponemos límites saludables, cuidamos nuestra vida y permitimos que otros también participen en la obra de Dios. Así servimos mejor, confiados en que nuestras energías se emplean en el propósito correcto, no en la sobrecarga constante.

***Ora:** Señor y Dios, enséñanos a recibir la ayuda que nos ofreces y a compartir nuestros deberes con nuestros hermanos. Permíteme que juntos podamos servirte de todo corazón. En Cristo Jesús,
Amén.*

MÁS ALLÁ DEL FRACASO

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor...”

Filipenses 3:8

Hay personas que logran exactamente lo que se propusieron y aun así se sienten vacías. Alcanzan el puesto y el reconocimiento más alto, y, en lugar de sentir que llegaron, sienten que algo no cuadra. “¿Eso es todo?”. Es un sentido de fracaso y frustración distinto al que imaginábamos: no es que otros te rechacen, sino que tú mismo descubres que la escalera que subiste estaba apoyada en la pared equivocada. Y ese descubrimiento, aunque duele, puede ser el más honesto que hayamos tenido.

Pablo no fracasó en la manera que imaginamos. Él tenía todo para sentirse exitoso según los estándares humanos: disciplina, conocimiento y una trayectoria impecable. Sin embargo, entendió que nada de eso lo acercaba realmente a Dios. Incluso reconoció que, en su celo equivocado, había estado luchando contra el mismo pueblo de Dios. Fue allí, en medio de su aparente fracaso, donde comprendió el verdadero significado de la gracia.

Y esa es la esperanza para nosotros. El fracaso no es el final cuando está en manos de Dios. Así como Cristo transformó la cruz, que parecía derrota, en victoria por medio de la resurrección, también puede transformar nuestras caídas en nuevos comienzos. En el punto más bajo, cuando sentimos que hemos fallado, sus manos siguen extendidas. Él no vino por los perfectos, sino por los que reconocen su necesidad.

Ora: Señor Jesús, gracias por aceptarnos, aún cuando es difícil aceptarnos a nosotros mismos. Permite que la lección que aprendemos con nuestros fracasos sea la lección de la gracia. Amén.

ESPERANZA FIRME

“Tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma...”

Hebreos 6:18-19

Millones de personas compran un boleto de lotería cada semana con la misma esperanza: “¿y si esta vez soy yo?”. No es solo el dinero lo que buscan, sino la sensación de que un solo momento podría cambiarlo todo. Pero quienes han ganado grandes premios suelen contar una historia diferente: la euforia dura poco, los problemas regresan y el vacío permanece. Esa no es la esperanza que sostiene.

La esperanza cristiana no es un deseo vago de que las cosas mejoren. Es un ancla. Y un ancla no flota con la corriente, sino que se afirma en algo sólido que está más abajo, fuera de la vista, pero que sostiene todo. ¿Existe un fundamento lo suficientemente estable como para descansar en ella nuestras vidas? ¡Claro que sí! Lo que Cristo hizo es ese fundamento: no una promesa de circunstancias favorables, sino la certeza de un camino abierto hacia Dios y un destino que ninguna tormenta puede afectar.

Cuando la vida se mueve, el ancla no cambia de lugar. Esa es la diferencia entre una esperanza construida sobre lo que tenemos y una esperanza construida sobre quien es Cristo. Los boletos de lotería caducan, los premios se terminan, las circunstancias cambian. Pero Aquel en quien está puesta esta esperanza permanece fiel. Y eso es suficiente para seguir. ¿Has puesto ya tu vida en el fundamento que es Cristo?

Ora: *Padre celestial, no permitas que nuestras vidas vaguen por el mundo, ayúdanos por la fe en Cristo, a anclarnos en la salvación. En el nombre de Jesús, Amén.*

VIDA REVERENTE

“Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”.

Apocalipsis 4:8

Hay momentos en los que la creación nos deja sin palabras. Un atardecer desde la costa, el silencio de una montaña al amanecer, el cielo lleno de estrellas en un lugar sin luz artificial. En esos momentos, sin que nadie lo induzca, el corazón se inclina naturalmente en reverencia. La grandeza de lo que vemos nos recuerda, sin palabras, que hay alguien mucho más grande que nosotros.

Lo que Juan vio en Apocalipsis 4 no es solo una visión del cielo; es la realidad más verdadera que existe. Toda la creación, los seres vivos, los ancianos, todos unidos en una sola dirección: reconocer quién es Dios. “Santo, Santo, Santo”. No como rutina religiosa, sino como respuesta inevitable ante su grandeza. Lo que experimentamos frente a un atardecer o un cielo estrellado es apenas un eco de esa realidad eterna.

Pero esta experiencia no está reservada solo para lugares lejanos o momentos extraordinarios. Para quienes conocen a Jesús, la reverencia puede vivirse hoy. Cada vez que adoramos, cada vez que reconocemos su grandeza en medio de lo cotidiano, participamos de esa realidad eterna. La iglesia, al alabar, anticipa lo que un día será pleno. Así, aun en lo sencillo, nuestro corazón puede aprender a vivir asombrado, reconociendo que estamos delante de un Dios santo, cercano y digno de toda adoración.

Ora: *Gracias, Señor, porque en alabanza, podemos unirnos y ser un solo cuerpo, tu iglesia. Muéstranos tu gloria y tu gracia al bendecir tu nombre. En Cristo Jesús, oramos. Amén.*

¿QUIÉN SOY YO?

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”

Gálatas 2:20

Hoy el valor de muchas personas se mide en números: cuántos seguidores tienen, cuántos “me gusta” recibe su publicación, cuántas vistas acumula su contenido. Y aunque suene superficial, el impacto en la identidad es real. Cuando la publicación no recibe respuesta, el corazón lo siente. Hoy puedes sentirte valioso, y mañana no. Cuando el valor depende del reconocimiento externo, el corazón nunca encuentra descanso.

Dios nos ofrece una perspectiva completamente distinta. Él no define nuestro valor por nuestro desempeño, sino por nuestra identidad. Para quienes están en Cristo, hay una verdad profunda: somos morada de su Espíritu. Así como un lugar adquiere valor por quien habita en él, nuestra vida tiene un valor inmenso porque Dios mismo ha decidido habitar en nosotros. No se trata de cuánto logramos, sino de quién vive en nuestro interior.

El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Sí, el antiguo Pablo, su viejo yo, ha cedido su lugar a la presencia de Cristo. Allí está la raíz de nuestro verdadero valor. No necesitamos acumular seguidores ni “me gusta” para sentirnos suficientes, porque en Cristo ya somos aceptados, amados y llenos de propósito. Cuando entendemos esto, dejamos de vivir buscando aprobación y comenzamos a vivir desde una identidad firme, segura en el amor de Dios.

Ora: Señor, perdónanos cuando pensamos que nuestro valor está en lo que hacemos o en cuánto tenemos. Ayúdanos a vivir la maravillosa identidad de ser morada de tu Espíritu. Amén.

EL PODER DE LA COMUNIDAD

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”.

Hechos 2:42

Hoy podemos tener quinientos contactos en el teléfono y no tener a nadie a quien llamar cuando las cosas se ponen difíciles. Las redes sociales nos dan la ilusión de estar conectados, pero hay una diferencia enorme entre tener contactos y tener comunidad. La comunidad de verdad no se construye con “likes” ni con mensajes de texto; se construye con presencia, con tiempo compartido. Eso es exactamente lo que vivían los primeros creyentes, y lo que Dios sigue queriendo para nosotros hoy.

Los primeros creyentes no se conectaban a través de pantallas, pero perseveraban juntos en algo mucho más profundo: la doctrina, la comunión, el partimiento del pan, la oración. No era una actividad más en su semana; era la estructura misma de su vida. Y en esa comunidad real, con nombres y rostros e historias conocidas, encontraban gozo, fortaleza y crecimiento que no podían experimentar en solitario.

Buscar una comunidad no significa encontrar un grupo perfecto, porque no existe. Significa encontrar un lugar donde, en medio de la imperfección, Cristo se hace presente a través de otros. Allí somos sostenidos, corregidos, animados y acompañados. Si alguien camina solo, tarde o temprano lo sentirá en su interior. No encontrará el apoyo y la fuerza que viene de formar parte de una comunidad bajo el cuidado de Dios. ¡Esa comunidad es el cuerpo de Cristo!

Ora: *Padre, creemos poder caminar solos como cristianos, pero en realidad necesitamos de otros. Danos el deseo de buscar una comunidad de fe para congregarnos y servirte. En Cristo, Amén.*

DETRÁS DE UN NOMBRE

“Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor...”

Hechos 9:27

A veces una sola persona, en el momento correcto, puede cambiar el rumbo de la historia de alguien. Una presentación, una palabra de respaldo, alguien que dice “yo respondo por él” cuando nadie más está dispuesto a hacerlo. Puede ser un maestro que creyó en nosotros, un amigo que nos abrió una puerta que parecía cerrada. Eso fue Bernabé para Pablo. Y su nombre “hijo de consolación” no era solo un título, era una descripción exacta de lo que hacía con su vida.

Uno de los momentos más significativos de su vida fue cuando decidió apoyar al apóstol Pablo. En ese tiempo, muchos dudaban de la conversión de Pablo, y no era para menos, considerando su pasado. Reconoció la obra de Dios en alguien que otros descartaban, y puso su credibilidad al servicio de esa convicción. Se convirtió en su defensor y puente ante los apóstoles, brindándole confianza en un momento donde pocos estaban dispuestos a hacerlo.

Más que el nombre que llevamos, lo que importa es el impacto de nuestra vida en los demás. Bernabé fue recordado por animar, apoyar y creer en otros cuando más lo necesitaban. Hay personas a nuestro alrededor con un pasado doloroso y sin nadie que crea en lo que Dios está haciendo en ellos. Una palabra, un “yo respondo por él” puede cambiar el rumbo de una historia. Bernabé no predicó ese día, simplemente creyó. Y eso fue suficiente.

Ora: Dios bondadoso, hay personas a nuestro derredor, que están sufriendo. Bríndales compañía que los anime y les dé el valor para seguir adelante. En nombre de Jesús. Amén.

LORANDO Y RIENDO

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran”.

Romanos 12:15

¿Alguna vez has tenido que celebrar el logro de alguien más en un momento en que tú estabas luchando? Aplaudir el ascenso de un amigo cuando tú llevas meses buscando trabajo, alegrarte por el embarazo de una amiga cuando tú has perdido uno, es uno de los ejercicios más difíciles del corazón. Y, sin embargo, es exactamente a lo que el evangelio nos llama. Porque la empatía genuina no solo acompaña en el dolor, también sabe alegrarse de verdad por el bien ajeno, sin calcular, sin comparar.

Pablo no nos da aquí una sugerencia de etiqueta social, sino una descripción de cómo vive quien ha sido transformado por el evangelio. Alegrarse con quien se alegra requiere haber muerto al egoísmo. Llorar con quien llora requiere haber salido de uno mismo. Ninguna de las dos cosas ocurre de manera natural; ambas son fruto del Espíritu que ensancha el corazón más allá de sus límites naturales.

Necesitamos que el evangelio se refleje de esta forma en nuestras vidas. Necesitamos que nuestras reuniones sean fiestas de celebración por lo que Dios hace en nuestras vidas. Sin embargo, también debemos compartir el dolor y tener palabras de aliento para quienes han salido heridos en la batalla. Dejemos que el Espíritu Santo nos dirija, sea para reír o para llorar. Y de este modo, cualquier emoción que sintamos, que siempre sirva para glorificar a Dios.

Ora: *Ayúdame, Señor Jesús, a dejar de lado la envidia para compartir la alegría de los demás. Permítenos ver el propósito para el que fuimos creados, y servir en la tristeza o la alegría. Amén.*





